



En vivo Elecciones 2023: "Pobreza y saqueos son dos caras de la misma moneda", com

Sobre el Conicet, gasto, inversión y construcción de conocimiento



Ilustración: Fidel Sclavo



Juan Manuel Palacio



22/08/2023 22:47 / Clarín.com Opinión / Actualizado al 22/08/2023 22:47

Al estupor que generó el resultado del voto en las PASO siguió uno equivalente provocado por las declaraciones del candidato triunfante sobre el Conicet, vertidas en un programa televisivo que reunió a los tres candidatos más votados en una sola noche.

Allí, Milei volvió sobre su idea de cerrar o privatizar el organismo y de reemplazarlo, eventualmente, por una dependencia de Estado que solo financiara las “ciencias duras” (mientras por detrás se escuchaba a su candidata a la vicepresidenta diciendo que el Estado no debía financiar proyectos de investigación sobre “el mesianismo de Star Wars” o “el rey León”, sumándose así al bullying que desde hace tiempo venimos sufriendo los investigadores y becarios en ciencias sociales y humanidades).

Mensaje subliminal, o no tanto: las sociales no son ciencias, sino más bien cosas que hacen un grupo de diletantes que en vez de trabajar y hacer algo productivo viven de un Estado que subsidia sus investigaciones inverosímiles. Y un país urgido por la pobreza y un déficit fiscal galopante, debe recortar los gastos superfluos, entre los que por supuesto se cuentan los que se destinan a estas investigaciones inútiles.

Tanto como los dichos de Milei, me preocupan las defensas de la institución que he escuchado hasta ahora, en particular porque algunas provienen del riñón mismo del mundo científico del país.

En efecto, tanto los actuales titulares del Conicet y del Ministerio de Ciencia y Tecnología, como el ex titular de ambas instituciones y algunos investigadores, sostuvieron en distintos medios que el Conicet no debía privatizarse ni cerrarse porque genera muchas “patentes” y sus desarrollos

científicos y tecnológicos están muy ligados al mundo empresario y al sector privado, como en Vaca Muerta, el sector rural o los laboratorios. Y los kits de diagnóstico y el “barbijo Conicet”, desarrollados durante la pandemia, los ejemplos elegidos para ilustrar la importancia de la institución.

De esta manera, quizás como resultado de una especie de mala conciencia, o de pensar que la “gente común” entenderá más fácilmente la utilidad de una vacuna que la de un libro de historia, el debate quedó planteado en el terreno que quiso Milei, es decir en términos de cuán “útil” y cuánto “sirve” la ciencia “dura” del Conicet.

Pues bien, creo que es hora de hablar de lo que no se habla, ni aún entre quienes hasta hoy nos están defendiendo. Más de la mitad de los investigadores del Conicet pertenecemos a las áreas de Ciencias Sociales y Humanidades. }

Se trata, entre otros, de sociólogos, historiadores, antropólogos y filósofos; es decir de investigadores de ciencias “blandas” (y algunos, siguiendo la humorada que una vez le escuché a Emilio de Ipola, de ciencias “al dente”, como la economía o el derecho) que según los parámetros del señor Milei y tal vez de sus votantes no “sirven” para nada porque no producen nada “útil” y que no conocen más patentes que las de su auto, seguramente añoso.

No hay espacio aquí para argumentar extensamente sobre la “utilidad” del pensamiento crítico en una sociedad. Pero lo burdo del ataque exige recordar lo obvio, que reduzco a dos puntos.

Uno, la ciencia "blanda" es ciencia. Y se comporta como cualquier otra, construyendo conocimiento de forma lenta y trabajosa, a través de investigaciones en archivos y trabajos de campo, conocimiento que es validado, corregido y supervisado por la comunidad científica, que aprueba

o desaprueba con su crítica sus resultados a través de referatos anónimos en revistas especializadas, comentarios a ponencias a congresos, jurados de tesis de posgrado, o comisiones de otorgamiento de becas y de admisión a la carrera de investigador muy rigurosas, como ocurre con las del Conicet.

Aquí, como en el resto del mundo, esa telaraña de científicos es la garantía de la calidad de la investigación que se realiza y de que no prosperen trabajos poco rigurosos, antojadizos o directamente “chantas”.

Dos, para el progreso de esta ciencia (igual que para el de la otra) se necesitan investigadores que dediquen sus vidas a ella y no solo sus ratos libres, luego de conseguir el sustento en alguna otra actividad, como sería el caso al que nos empujaría la propuesta de Milei de privatizarla. Así lo entienden los países del “primer mundo”, que seguramente Milei admira, que dedican una envidiable porción de su PBI a invertir en investigación en ciencias sociales, humanidades y otras cosas aparentemente “inútiles”, como el arte, la música o la literatura.

Conocer nuestro pasado, cómo y por qué llegamos adonde estamos, cómo y por qué votamos y elegimos, cómo pensamos y tomamos decisiones (económicas, éticas, religiosas, familiares), qué consumimos, qué leemos, en qué creemos o como valoramos la ley, es nuestra tarea. Y también nuestro aporte a la sociedad que, si bien es de otro orden y no se mide en productividad económica, es tan valioso como una vacuna o un satélite. Más ofensivo e insultante aún que tacharlo de inútil es considerarlo un “gasto” y no una necesaria inversión.

Juan Manuel Palacio es historiador, Doctor en Historia por la Universidad de California, Berkeley. Es Investigador del CONICET y Profesor Titular de Historia Latinoamericana en la Universidad Nacional de San Martín.

TEMAS QUE APARECEN EN ESTA NOTA